

Texto leído en agradecimiento a la entrega del diploma de profesora emérita de
Ciesas

Recibo esta distinción con emocionada gratitud, ante colegas, compañeros de trabajo, amistades y algunos integrantes de mi familia en México. Les agradezco estar aquí, ahora.

Dice Jorge Luis Borges en un poema titulado “Para una versión del I King”:

“... No hay una cosa / que no sea una letra silenciosa / de la eterna escritura indescifrable / cuyo libro es el tiempo. / Quien se aleja / de su casa ya ha vuelto. / Nuestra vida es la senda futura y recorrida. / [...]”

Conforme a esas palabras luminosas, entiendo que están aquí hoy, en este mismo patio que recorrí tantas veces, Claudia González, Lucía Bazán, Juan Manuel Pérez Zeballos, Jesús Ruvalcaba, Luz Elena Galván, Juan Petronilo y muchos otros compañeros y amigos queridos: Víctor Manuel Franco, Hugo Azpeitia, Lourdes Aguilar, Ramón Córdova y más.

También puedo imaginar que estoy asimismo en mi ciudad natal, Córdoba (Argentina), donde ya no volví a habitar más de 6 semanas seguidas (en mi viaje más largo). Traigo conmigo el recuerdo de mi gozo espontáneo ante las sierras que, en lejanos veranos, se tornaban cada vez más azules en la luz dorada del final de la tarde. Como en “La tarde que cae” (R. Magritte), aunque en esa pintura surrealista la tarde cae en los trozos del cristal de la ventana que la acerca y la niega. Aquí estamos, corpóreos, presentes

A este pueblo del CIESAS, como suelo llamarlo afectuosamente, llegué en octubre de 1979. Empero, distintos ciclos institucionales me requirieron cierto grado de itinerancia dentro de este lugar de afortunado arribo.

Evoco mi experiencia en las varias casas con las que hemos casi que colonizado el Centro de Tlalpan en los pasados 52 años; los atajos y caminos alternativos que esas casas, adaptadas siempre, permitían con o sin lluvia; los encuentros y diálogos que allí nacían, por obra de una casualidad gentil y pródiga.

Empecé en esta Casa Chata, en el área apodada “Vitrinas”, por las cristaleras que delimitaban un amplio cuarto, conformando así un pasillo hacia los baños (no estos, otros mucho más sencillos) y hacia la casita de don Fernando Urgel, custodio del recinto desde cuando era Museo de la Charrería. Magnífico pintor no académico él, de quien poseo una hermosa panorámica del Ajusco, impulsaba su mano la memoria, retornando a sus recuerdos de un pasado feliz. Cuando conocí al señor Urgel, él ya estaba casi ciego.

Desalojada esta Casa Chata para reparaciones mayores, habité Victoria 75, en el coro, que balconeaba sobre la Biblioteca, por cuyas puertas se alcanzaba a ver una parte del espacioso jardín de esa bellísima casa. En tal jardín el Sindicato organizó

varios concursos culinarios. Gracias a ese despliegue gastronómico descubrí que comía yo más chile que varias compañeras, las jóvenes de entonces. Memorables unos ‘feroces’ chiles verdes rellenos de atún, de Alicia (“Licha”) Hernández. Ya estaba yo prendada de este país y de su comida sin par.

En esos mismos años visité frecuentemente Juárez 222, antes de que demolieran su fila de cuartos, y desapareciera un fondo de jardín, amplio, rústico y encantador, donde cosechaba yo nísperos. (Aquí cosechaba higos y naranjas amargas). Visitaba a mi amiga Lourdes Aguilar, asignada entonces a la subdirección de administración. Nos unía el cariño y la complicidad desde cuando ella trabajaba en el área de publicaciones (aquí, a mis espaldas). Estiraba mis piernas un rato y practicaba mi pericia mecanográfica, retomando la transcripción de lo que ella tuviera entre manos. También competíamos en la detección de erratas, algunas de ellas especialmente cómicas ¡y peligrosas!

Restaurada la Casa Chata hubo una reubicación generalizada.

En Juárez 87 seguí trashumante un tiempo más, en un lugarcito pequeño, a la izquierda del primer rellano de la escalera que lleva al primer piso del actual edificio anexo. Tuve que esperar a que concluyeran las obras, durante las cuales el cubículo que me tocó era bodega de materiales constructivos. Es el mismo que aún habito. No me molestó la dilación porque ése y el siguiente tienen ventana al exterior, hacia el minarete de la casa de enfrente, ahora convertida en cafetería y librería de viejo. El auditorio siempre estuvo donde está ahora y aproximadamente en las mismas condiciones.

Así mis andanzas en esta casa que me fue dada: tierra firme, terreno seguro, techo amigo.

Además de las construcciones como tales me alegra destacar y celebrar los jardines, patios y macetones que nuestro compañero Amaro Gómez hace florecer en todas las estaciones del año, para nuestro mayor placer, mientras certificamos nuestra identidad institucional, producimos informes, declaraciones patrimoniales y académicas, avances programáticos y otras tareas de nuestros puestos de trabajo que debemos complimentar “en tiempo y forma”. Gracias a las manos jardineras del compañero, abren sus pétalos frescos unas grandes, exquisitas orquídeas, invitándonos a una pausa de respiración y quietud. Antes cumplía esas mismas honorables tareas el compañero apodado “Güero”, cuyo nombre no recuerdo; sólo su mirada límpida y serena.

Para concluir, les pido que no escuchen tristezas, reproches ni dolores en mis palabras. He sufrido, sí. Me tocaron duros quebrantos, en efecto, pero también he sido dichosa. Doy fe. Firmemente.

Debo a mi amiga de la UAM-Xochimilco, Laura Hernández Martínez, la referencia a la etimología de “nostalgia”, que hago mía para cerrar este testimonio; en mi casa, ésta, que es la de todos nosotros.

La palabra “nostalgia” proviene del griego clásico “nóstos” (regreso a casa) y “álgos” (dolor); o sea: “dolor por no poder volver a casa”. Concebida en 1688 como una enfermedad por un médico suizo, Johannes Hofer, hoy designa una emoción que entreteje tristeza y placer, al evocar momentos felices del pasado, lo que fortalece la propia identidad. Eso es lo que siento hoy aquí, mientras agradezco su gentil y paciente escucha.

Teresa Carbó